

SEMANARIO

LITERARIO

Gente Joven

JUVENTUD ESPAÑOLA

SU TRIUNFO

Días atrás inaugurábamos esta sección con un artículo, en el que, hablando de la juventud en general, prometíamos escribir una serie de semblanzas de los jóvenes literatos españoles, procurando que ellas fueran trasunto fiel del espíritu de cada uno de ellos, su retrato espiritual y viviente.

En efecto, el que esto escribe sigue recogiendo datos, haciendo observaciones para llevar á cabo su obra, y desde el número que viene esperamos presentar, para ejemplo de la juventud salmantina, á toda esa pléyade de jóvenes que se llaman: Martínez Ruíz (Azorín), Bernardo G. de Candamo, Manuel Machado, Pedro y Andrés González Blanco, Francisco de Camba, Rafael Urbano, C. Bernaldo de Quirós, Enrique de Mesa...

Hoy, no ha de ocuparse este artículo de ninguno de ellos en particular; solamente reflejará ciertas ideas que en relación con el mismo asunto ha sugerido al articulista la Velada que, días pasados, se celebró en el Ateneo, en conmemoración de Navarro Ledesma.

Hablaron en la Velada del Ateneo, jóvenes y viejos; producía cierto efecto de simpatía al que, como yo, guarda quizá demasiado respeto á la autoridad de las canas, de los hombres prestigiosos, el espectáculo de ver mezcladas aquellas caras juveniles, de bigote incipiente, con aquellas otras rugosas y venerables, blanqueadas por las canas.

Parecían los maestros y los discípulos en simpática hermandad, y formaban unos y otros una síntesis de la más agradable impresión.

Pero, conforme se fueron levantando unos y otros á depositar su ofrenda de ideas y de sentimientos sobre el recuerdo del ilustre muerto, se volvieron las tornas, y aquellos viejos canosos y arrugados parecían los discípulos y aquellos muchachos de rostros juveniles y bigote incipiente parecían los maestros.

El fenómeno era en verdad extraordinario,

y el articulista tuvo ocasión de comprobar entonces lo que hacía tiempo venía observando por sus lecturas: la enorme superioridad de la juventud actual sobre todos estos viejos que quedan como resto de los ídolos que á los altares de la popularidad elevó, en el siglo pasado, una generación que ya murió.

Los jóvenes dieron lecciones á los viejos; de los labios de aquellos brotaron palabras de poesía, intensidad de pensamiento, belleza de la forma, tanto como de los labios ancianos brotó la vulgaridad, la incorrección, la pobreza, la sequedad y la ramplonería.

¿No era esta una paradoja manifiesta? ¿Por qué el Sr. Moret, el seráfico Sr. Moret, rodeado de aureola de fama, de popularidad, de renombre, por qué no dijo más que sandeces y vulgaridades en su malhadado discurso? ¿Y por qué todos aquellos jóvenes, conocidos tan sólo por un público de escogidos, no tienen la fama, la popularidad y el renombre de que goza el señor Moret? ¿No es esto una paradoja manifiesta?

Seguimos confusos sin explicarnos á qué se debe el encumbramiento del Sr. Moret al renombre de que goza, y humildemente confesamos que ó no hemos sido capaces de comprender sus méritos, ó es un hombre adocenado y vulgar que, obrando prudentemente, debía meterse en su casa ó á lo más ir al Congreso, pero de ningún modo al Ateneo donde se puede encontrar con jóvenes de veinte años que le dejen á una altura vergonzosa para su prestigio.

FEDERICO DE ONÍS.

Madrid-11-1905.

LA UNIÓN ESCOLAR

Cunde entre los escolares salmantinos la idea de hacer surgir de las cenizas de la ya muerta *Unión Escolar* que funcionó no hace años en nuestra ciudad pacífica, otra *Unión Escolar* más sólida y duradera, que tenga fortaleza suficiente para hacer llegar las peticiones estudiantiles á los altos, que pueda ser un

fuerte de resistencia en la hora de la lucha, que sea base para formar por integración la *Unión de Escolares españoles* que á su vez formará parte de la *Internacional Escolar*.

No ha de ser la *Unión Escolar* moderna una cosa parálitica y débil, sino que ha de tener la fortaleza y la vida que los jóvenes escolares pretenden darle; ha de ser más que nada un núcleo de defensa de la clase en donde puedan tomar vigor las protestas, y robustecerse las acusaciones contra los que pretendan hollar la ley, en donde pueda escucharse libremente la voz de los jóvenes de todas las castas. Siendo, como és, esa la nueva orientación del movimiento escolar y rigiendo la tolerancia más completa y la sinceridad más perfecta las acciones, es de esperar que el organismo nuevo tenga el aplauso de todos los escolares salmantinos, que por otra parte han secundado siempre la actividad de sus camaradas cuando á aquellos asistía la razón.

La idea de los estudiantes salmantinos es una idea que tiene la salud de la juventud, y que seguramente ahora que parece agitar á la masa escolar un ansia de conquista de libertad, ha de radicar hondamente, ha de hacerse sólida y de ella puede esperarse la iniciación de un rápido movimiento de la juventud española hacia otro ambiente universitario, en que el dogmatismo no tenga asiento y en que la falange de los luchadores pueda moverse con una libertad absoluta.

DE NUESTRA COLABORACIÓN

TUS OJOS

Fué de un volcán la llamarada ingente
que por el cráter brota la primera
y abrasa cruel á ia campiña entera
con lluvia de ceniza y lava ardiente;

fué la vorágine del mar hirviente,
donde halla el nauta muerte traicionera;
fué del infierno la voraz caldera;

fué de Satán simbólico tridente;

fué rayo que aniquila al caminante;
fué bajo que sorprende al navegante,
oculto entre los senos procelosos;

fué de hechiceros magos la porfía,
lo que en tus ojos, bella Inés, había
cuando en mí se posaron amorosos.

AVELINO RODRÍGUEZ ELÍAS.

Vigo, 11-1905.

DE NUESTROS JUEGOS FLORALES

ALTERNANDO CON LOS TRABAJOS PREMIADOS, NOS PROPONEMOS INSERTAR EN NUESTRAS COLUMNAS VARIOS DE LOS QUE, AUN NO HABIENDO OBTENIDO ESTA DISTINCIÓN, SON MUY ESTIMABLES Y DIGNOS DE PUBLICIDAD.

LO ADVERTIMOS Á LOS AUTORES, POR SI TIENEN Á BIEN DARNOS SUS NOMBRES Á FIN DE QUE APAREZCA LA FIRMA AL PIÉ DE CADA TRABAJO.

COLABORACION PORTUGUESA

Sao as tricanas do Minho

De minh 'alma namoradas

Mulhes adonde teceste
Prendas que nao sei dizer?!
Nao bastava a ingenuidade,
Mas bella que me prendeste.

Mulhes adonde teceste
Prendas que nao sei dizer?!
Eras em pequena enlêvo,
Nympha do luso jardim.

E só te dava, creança,
A gratidao que aos teus dêvo.

Eras em pequena enlêvo,
Nympha do luso jardim.

Hoje es a mais bonitinha
De virtudes e de graças.
Teu olhar, ai teu olhar...!
Isabel, o' bella minha!!

Hoje es a mais bonitinha
De virtudes e de graças.

Maria, só... só dois momentos
De ventura appetecidos:
Traduzir os seus olhares,
Profundar seus pensamentos.

Maria, só... só dois momentos
De ventura appetecidos.

ANJOCOFA.

Novembro de 1905.

PAIXAD DO SOL

O sol murchou no azul, como um jasmim.
E, morto, inclina a frente ensanguentada
Sobre a cruz do poente, onde pousou
A estrela do pastor, um rouxinol...
Cuma nuvem, de joelhos, no horizonte
E' o vulto de Maria, todo em lagrimas.
E-a noite, a maldiçao invade o mundo...
Passam horas...

Dos montes do oriente

Alevanta-se o sol resucitado.
E-os bosques, seus discipulos queridos,
Com os olhos no céo, seguem o Mestre.
E, espalhadas depois por toda a terra,
Estendem para a triste Humanidade
As maos cheias do fructo abençoado
Que revigora e dá saude e força
Ao fragil corpo humano redimido...

TEIXEIRA DE PASCOAES.

Amarante.

PROSA Y VERSO

El poema de la vida

Mi amigo y yo nos hemos detenido, sobreco-
gidos por una súbita sensación de angustia.

Hemos visto, según subíamos, caer brusca-
mente sobre la escalera de mármol, el cuerpecito
esbelto de una niña que va siendo mujer—
Ha caído de bruces la pobre niña, y su cuerpo
enlutado ha quedado inmóvil, tendido á lo largo
de la escalera, con la cabeza hácia abajo, cu-
bierta por un ancho sombrero, cuyas gasas han
ondeado unos momentos en el aire.

De dos saltos hemos llegado hasta ella, y he
levantado en mis brazos su cuerpecito inerte.

La niña ha separado con sus manos finas y
blancas los espesos bucles negros que cubrían
su rostro, un rostro terso y pálido como una
azucena á medio abrir; me ha mirado con sus
ojos, unos ojos negros, grandes, abismáticos, y
yo he leído en esta mirada, prismada por las lá-
grimas, una expresión de turbación mezclada
á un agradecimiento, traducido en franca sim-
patía—Me ha dado las gracias la hermosa ni-
ña con la callada voz de esta mirada llorosa.

Mi amigo y yo nos hemos mirado turbada-
mente. La boca de la niña, una boquita fresca
y sonrosada como una tempranera flor, está te-

ñida en sangre. Un hilo sutil muy rojo destila
por la barbilla.

Nos hemos mirado turbadamente y hemos
sufrido esa sensación dolorosa que sienten los
hombres al ver el dolor dibujarse en un rostro
hermoso, sin duda porque pensamos que estos
seres tan bellos debían estar á salvo del penar
y del sufrir.

Mimosamente, con tierna solicitud, como si
se tratase de una hermanita nuestra, hemos cu-
rado á la hermosa niña de los bucles negros, la
hemos proporcionado cuanto necesitaba, hemos
charlado con ella, hasta hacer que las sonrisas
alegrasen el nublado rostro y nos hemos despe-
dido al fin mientras ella nos miraba con aque-
llos negros ojos muy abiertos, reflejadores de
abismo de un misterio; y yo pensaba, mirándos-
los, que muy pronto brillarían aquellos ojos in-
sondables con la luz de fuego del amor y que de-
bía ser muy feliz el hombre que sintiese encen-
derse su alma al influjo del fuego de su luz.

La tarde es serena y templada, juguetea el
sol reflejando sus rayos sobre el negro brillante
del asfalto recién regado, y un viento suave
mece las copas amarillentas de estos pobres ár-
boles, que crecen entre paredes, tragando por
todos sus poros polvo de ciudad.

Hemos tornado á caminar lentamente, y á lo
lejos hemos visto perderse entre la masa huma-
na indiferente, para no volver á verlo más, el
cuerpecito esbelto y airoso de la niña sugestiva
que por unos momentos tan solo se cruzó con
nosotros en la vida.

Marchamos silenciosos. Este melancólico
amigo que me acompaña ha roto el mutismo,
adivinando mis pensamientos. Y hemos cami-
nado largo rato, hablando distraidamente,
mientras el sol ha llegado á su ocaso, haciendo
brotar un incendio de oro polvoriento, surgido
de su tumba.

Mi amigo ha dicho:—¿Ve usted? Esta niña
que hemos encontrado inesperadamente á nues-
tro paso ha sido ya algo en nuestra vida. Usted
piensa en ella, sin duda alguna. La distraída mi-
rada de los ojos de V. confiesa que á través de
la imaginación sigue V. contemplándola en for-
mas muy diferentes, en formas de ensueños. Y
estos ensueños son para V. dolorosos al pensar
que no tendrán realización jamás; que sería inu-
til intentarlo. Pensará V. en ella unas horas,
un día. Y nada más.

—Es verdad, pienso en lo fortuito é irrepa-
rable de las cosas. Quizá esa mujer hubiera
llenado mi vida. ¿Porqué no había de ser preci-
samente esa? Y si lo fuera lo irreparable acaba
de ocurrir. Ella ha vuelto á marchar por su ca-

mino, yo seguiré por el mío, sin que nos volvamos á encontrar jamás. ¡Cuántas veces pasaremos en la vida rozándonos codo con codo, con seres destinados á gozar y sufrir con nosotros, á hermanar su vida con la nuestra! Pasaremos junto á ellos sin darnos cuenta y en el mismo momento, irreparablemente, seguiremos cada uno por la dirección opuesta apartándonos cada vez más, cada vez más, buscándonos sin que jamás nos encontremos. Esta tarde ha cruzado por mi mente, al mirar los ojos de la niña, la idea fugaz como una caricia, de que era ella la encarnación de mis ensueños, el complemento de mi esencia, la mujer prometida de mi alma. Y, sin embargo, la he dejado marchar, sin saber porqué; la he dejado perderse para siempre, labrando así quizá la soledad de mi vida, y la de ella al mismo tiempo. ¿No es verdad que he debido correr tras ella, por su misma senda, vivir en su vida y ella en la mía hasta ver si se confundían ambas, mi vida y la suya, en una sola vida espiritual y corporal?.

—¡Quién sabe! Yo creo que antes de exponerse á llegar al desengaño que pudiera traer la realidad, es preferible seguir con el ensueño, con la añoranza, con la misma tristeza que llega á convertirse con el tiempo en refinamiento de placer. Y continuar viviendo al día, alimentando nuestra alma con sentimientos fugaces, como el de esta tarde, gozando diariamente placeres intensos, efusivos, que se agostan en seguida, como las amapolas de las tierras. Y estos pequeños desengaños no causan huella en nuestra vida, porque una nueva floración de los placeres hace olvidar los desengaños alternativamente. El desengaño de una cosa en la que se puso ilusión por un momento no puede vivir en nosotros más que un momento. Y por cima de todos estos placeres que pasan y pasan sin dejar más huella que la impresión de unos minutos, unas horas, unos días, se cierne el ensueño eterno, el eterno ideal, jamás realizable y realizado en todos los momentos, en todos los momentos de su eternidad.

—Es bastante sugestiva esa teoría de usted, pero no veo yo en ella un fin para nuestra vida. No veo tampoco en ella felicidad verdadera, pues sería un placer contínuo amargado por un contínuo desengaño. Yo preferiría descansar de una vez en un amor sereno, tranquilo, intenso y duradero, no marchar de aquí para allá, en inquietud contínua, buscando placeres que jamás satisfacen, sin dejar huella en ninguno de los demás, ni los demás en mí. Es mejor buscar la actividad serena dentro de la quietud, del sosiego, y vivir para nosotros mismos y para-

los demás. Y así, felices, pasar la vida plantando árboles, creando hijos y escribiendo libros, pues con dejar á nuestra muerte una tan sólo de cada especie, dicen que hemos llenado nuestro destino.

—Falta saberlo. De todos modos lo indudable es que la vida es compleja, incoherente, contradictoria. Y que nadie sabe donde está su felicidad, ni cual es su destino, ni qué camino ha de escoger. De modo que lo más cómodo y acertado es seguir siempre los impulsos del corazón, no importarle á uno los descabros y meterse en todas las luchas de la vida siempre, aunque no sea más que por pasar el rato. Para esto hago yo todo, y he escrito varios libros y muchísimos artículos, aunque no debo tener perdón, según usted, porque no he plantado ningún árbol ni he tenido ningún hijo. Pero espero hacer una cosa y otra—ha dicho mi amigo sonriendo.

Y después este amable amigo que ha sostenido conmigo esta tarde casi un diálogo platónico, me ha convidado á cenar. Y hemos llegado al café donde diariamente come este amable amigo y hemos seguido hablando pero, ya nuestro diálogo no tiene nada de platónico.

Mi amigo ha sido espléndido. Hemos cenado bien y la vida, después de cenar, siempre es hermosa. Reímos, charlamos animadamente. Y el destino, que parece que se ha propuesto alegrarnos la noche, ha hecho que dos distinguidas amigas nuestras hayan llegado hasta nuestra mesa y se hayan sentado á nuestro lado, entablándose desde luego entre nosotros la más agradable conversación.

Ya no nos acordábamos de la niña de los bucles negros, no nos acordábamos de otros amores remotos de nuestra vida; nuestras penas, nuestras dudas, nuestra melancolía, todo ha desaparecido esta noche. El vino ha alegrado nuestras palabras; todo es brillante á nuestro alrededor, las luces, los espejos, el mármol; brillan los negros ojos de esta amiga mía que charla graciosamente, brillan sus dientes iguales y blancos que muestra al sonreirse, y esta noche al lado de esta mujer sugestiva, hermosa, de negros ojos y de blancos dientes, he sentido la alegría de vivir...

FEDERICO CARLOS.

Madrid, 905.

LAS VENDIMIAS

Son las vendimias...días precusores de lenta agonía del paisaje,

que nacen entre brumas y que mueren
empapados de sangre.

Días en que el sol brilla con remedos
de su claror intenso de verano,
en que el cansado labrador su frente
cubre de pámpanos.

Pasan sobre las pálidas llanuras
claras ondas de vida;
se rezarán oraciones á los campos,
y al Dios que guarda las extensas viñas.

Cantos robustos la mudez de muerte
del encinar y la ladera quiebran,
cantos que rompen del paisaje el fondo
de su tristeza.

Con la caricia fecundante y cálida
del sol que luce por los meses largos,
quedó en racimos la fecunda sangre
que riega el llano:

sangre bajada de las pardas nubes,
plasma que lleva en suspensión la vida
por los extensos y amarillos campos;
sangre bendita.

Las anchas hojas de la parra cubren
el dulce fruto con su verde manta;
el labrador de las callosas manos
rompe la fronda y el racimo rasga.
Rasga el racimo, y en el pardo cesto
con lentitud de de avaricioso deja,
hasta colmarle, el endulzado fruto,
después sonríe sin soñar, y piensa
que allá en los días de pesares hondos
el zumo dulce borraré su pena.

Ya solitaria se quedó la viña,
ya la cosecha amontonada espera
la hora en que el pié de los forzudos hombres
rompa la capa de las uvas nuevas,
y el jugo libre como sangre corra
bañando el fondo de la pila negra.

Ya el zumo dulce en las enormes cubas
con un bullir de rebelión fermenta
una ansiedad por sobre el pueblo pasa
probar desean la cosecha nueva.

MARCELINO M. GONZÁLEZ.

Salamanca, 18 XI-905.

NOCHE BURGUESA

No supongamos que todos los formantes de la gran grey burguesa, gozan de plácidas, de intensas suaves digestiones; las dolamas con que el organismo humano se castiga á sí mismo forman, al igual de los hombres que ellas alientan, grandes partidos de *ideales* opuestos.

Nosotros, los ajenos á la medicina, hermosa ciencia de matar científicamente, los que apenas conocemos capítulos aislados de gruesos volúmenes de la médica legal, no podemos aceptar la responsabilidad de lo sentado; pero leemos amenos libros que llaman novelas y si ya Sthendal dijo que la novela es un espejo y si el indescifrable Schompenhauer añadió que el poeta era el espejo de la humanidad, podemos los legos, mirándonos en esos bien azogados espejos, formar la opinión de que las dolamas humanas, están fraccionadas en tendencias; la atildada tendencia conservadora, la robusta tendencia liberal, la rabiosa tendencia revolucionaria y, para completar el cuadro y asemejarse en todo á las doctrinas políticas, podemos encontrar la moderna regionalista.....

Leyendo esos libros ya dichos, que llaman novelas, podemos buscar en ellos y si está ante nuestros ojos uno de esos tomos atildados, de elegante cubierta y grueso papel como el de Antón Olmet *Queralt, hombre de mundo*, ó uno de Hoyos como *Frivolidad*, cualquiera, en fin, de los que Gómez Baquero recoge como generadores de la nueva escuela aristocrática; vemos, seguramente, que del mismo modo que la acción de la trama discurre sutil, suave, fina y delicada en un ambiente de perfumes de damas estucadas y de perfumes de bouquets, de hall bien cuidado y caldeado, la servidumbre de la naturaleza, las indispensables dolencias de que la vida está regada, son también escogidas, y forman la más alta etapa de las enfermedades conservadoras...

Pero este exámen que me permitirás llamar original, no viene, lector, á cuento; ya lo habrás notado, ya habrás distinguido lo distintamente que se marcan esas tendencias en esos libros que menciono, en esos otros de costumbres provincianas, representación de la vida provinciana sobreviviente de algunos años há; lo que Martin Hume llama el provincialismo en general; y lo notarías lo mismo en las que son espejo de las clases bajas ó de baja colocación social, en los que está bien repleto el índice de la literatura contemporánea francesa y española...

*
*
*

La noche burguesa que yo ahora quiero sorprender, no está disimulada por esas tan gastadas lámparas de semioscuro comedor, envueltas en papeles rizados ó en verdes y cóncavas pantallas.

Ya sería anacrónico, ya la vida ha corrido rauda desde entonces y ha cambiado mucho el espíritu de los tiempos.

Yo, lector, si me apuras, llego á rebelarme gritando que no hay burgueses, en la acepción más pasiva de la palabra.

Los filósofos antiguos proclamaron ya la dignidad del ocio; haciendo coro con ellos, continuamente subraya esa proclama la humanidad en masa.

En la dignidad caben escalas y no es igualmente digno mirar correr las nubes tumbado panza arriba en un prado de muelle cesped; palpase el abdomen cuando se le ve combear, asentado en silla barnizada; ó estar en tertulia nocturna al rededor de un chubesquí (lo escribo como lo digo) que baña las casas con el rojo de su entraña abrasada.

Será madre de todos los vicios la ociosidad, pero esta madre no posee la generación espontánea; el padre, á no dudarlo, es la imaginación... Por eso muchos ocios son simplemente estériles.

Estas noches burguesas que yo no me resisto á contemplar sin copiarlas, son de las más dignas de apuntarse en lo más alto de la dignidad.

Las dolencias conservadoras se reúnen allí, todas las noches, en cóncave; cada ejemplar que acude á uno de los divanes que cercan la estufa tiene su otro individuo de los que forman el castigo de los más ó menos ahitos. Cuando conversan, esos viejos de blanco pelo y pelados cráneos, me parece que escucho el habla de sus castigadores. Habla el catarro, que es el socialismo más extendido hasta hoy, habla el catarro enfático, satisfecho de haber medido por un rasero á todos y de poseer lo necesario para seguir dominando. Y cuando algún ejemplar se queja de su tos, de esa tos seca, algo asfixiante, que gatea ásperamente por la garganta, interrumpe sus lástimas ó las remata, con golpes intermitentes, que ahogan sus palabras, mientras la tos entonces parece reírse maquiavélicamente, regodeándose en sus dominios.

Por hoy halaguemos á la tos, pongamos nuestra pluma al servicio del catarro, que es el más poderoso de los grandes partidos mencionados, y ya iremos viendo si algún *prohombre*, de esa carta no quiere privarnos de ello, las insípidas consideraciones que en ratos de buen

humor, puede hacer una persona que proclama, como los antiguos filósofos, la dignidad del ocio.

FERNANDO ISCAR.

Valladolid, 27-XI-905.

CUARTILLAS AJENAS

EN EL BAILE

I

¿Te acuerdas? ¡qué altiva
mirabas los necios
que en frases insulsas
nombraban tu bello
dulcísimo nombre!
Del ancho y extenso
salón espacioso
sentado á un extremo,
también yo miraba
cargado de ensueños
tu alma, sensible
tan sólo á mí fuego...
Y en tanto se oían
murmillos de besos

que fingía la orquesta harmoniosa
de lentas candencias y rítmico trémolo.

II

Unidos marchábamos
corriendo, corriendo...
los dos pensativos,
los dos en silencio,
las almas cargadas
de dulces ensueños,
pensando algo ignoto
pensando algo eterno...
y siempre escuchando
el poema de besos

que fingía la orquesta harmoniosa
de lentas candencias y rítmicos trémolos.

III

¡Cuál quieren los ángeles
á Dios en el cielo...

Refas con fuerte
sarcástico estrépito...
Yo entonces guardaba
mi atróz sufrimiento...
Maldije de todo,
¡de todo! no, menos

de tu rostro de angel,
de tu pecho bello,
Unidos seguíamos
satánico vuelo,
yó siempre llorando
tú siempre riendo,
al son de las dulces
canciones de besos
que aún fingía la orquesta harmoniosa
de lentas candencias y rítmicos trémolos.

J. D. SÁNCHEZ BORDONA.

Ciudad Rodrigo 905.

CRÓNICA SEMANAL

Aun hay clases, todavía subsisten y nunca se borrarán las líneas divisorias y los caracteres distintivos. Después de todo, siesto no fuese natural y necesario para la vida del mundo, lo sería para la existencia espiritual de los mundanos.

Como cada persona tiene su manía ó su lado flaco y su lado gordo, cada población tiene asimismo su cosa propia, en la que estriba la razón de su orgullo.

El orgullo individual suele no fundarse en nada tangible, así tiene y debe de ser, y cuando criticando á un semejante endiosado ó endiablado de puro orgulloso, se le echa en espaldas no tener en qué basarlo, se dice una solemne tontería. Si todos pudiesen proteger su orgullo con un fundamento de mérito, llevaríamos todo adelantado para ser unas excelentes personas.

Y, prolongando una estéril discusión, sostenida antes de comenzar estas cuartillas, se puede afirmar la imposibilidad de conocer si una persona puede ó no, ser orgullosa. Anda de tal modo repartido y fraccionado eso que junto y unido llamaríamos completa integración de la fuerza mental, que á mí nadie me convence de que al hombre de más relativa capacidad le hace falta para hacerla absoluta el sedimento de muchas cabezas que pasan por huecas y el balancín de otros cerebros, equilibradamente constituidos.

Esta digresión no sé á que viene; ciertamente, no conviene continuarla porque no es asunto semanal, sino eterno asunto y por otro lado de algo me propondría escribir, anejo á ello, cuando tan sutilmente brotó la digresión.

Acaso quisiera escribir de la personalidad de cada pueblo; si así és empezemos por apuntar que se trazan estos renglones, en una población que es capital pero que no es corte. No deben de haber más divisiones, salvo aquellas de villas y villorrios que son aislados rodeadores de las ciudades cimentadas..

«Una hoja volandera», ha traído la noticia de que en un pueblo, también con méritos de capital, se amotinaron los obreros contra un obrero, disfrazado de guardia y se amotinaron—digámoslo así—los felices de ese mismo elemento, que tienen los medios suficientes para ocupar en un teatro, un asiento de paraíso.

Es este último un pequeño suceso que dá vueltas en mi cabeza, sin saber donde encajonarlo, ni en que casilla conocida distribuirlo.

Yo quiero que razonen conmigo estas menudas consideraciones. Vemos en esta ciudad, hermana de esa Salamanca, un mismo ambiente, aunque una muy distinta vida. Vemos, entre otras cosas; atiborrados los paraísos de tres teatros; en uno, en Calderón representan ópera grande, las hermosas concepciones del arte italiano.

Allí se suceden las ovaciones y estos aplausos que se prodigan no lo son por las gentes semi-ilustradas de localidad preferente, lo son por una parte muy numerosa del elemento popular que ocupa las alturas—Yo no me asombro de ello, nadie puede humanamente asombrarse de que se aplauda Otello, se aplaudan L'Africana ó Rigoletto por personas que antes de ocupar su asiento saben lo que van á escuchar y lo que van á entender.—

Lo verdaderamente inaudito sería, que esas mismas gentes, sabedoras de todo lo dicho, pagasen su entrada, para recrearse en expansiones de caballeriza.

Y en los pequeños teatros de menor categoría, otro público de la misma índole igualmente nutrido, se abstiene de abuchear cosas, en justicia, muy *abucheables*.

No podemos creer, que el vulgo de aquí, y el de otras muchas poblaciones, sea más vulgo que el de ese otro pueblo, donde acontecen las cosas dichas.

No podemos creer que esas expansiones, sean la exteriorización del refinamiento del gusto, por que sería demasiada rapidez en el cambio de una educación, que de tiempo inmemorial rezuma incultura.

¿Por qué en dos pueblos, de idéntico ambiente, de paralela educación social, se apartan tanto los gustos y los deseos?

La pasta humana es común á todos, la educación—hay que repetir—es formada por los mismos tramos de progresión; las evoluciones de los pueblos, en una misma raza son gemelas, y el alma española existe por igual distribuida en las almas de todos los españoles.

¿Por qué se forman esos distintos modos de sentir y esos desiguales modos de apreciar?

El mismo fondo de café tenemos todos, el mismo pozo de incultura ingénita, de maldad común está abierta en todos y sin embargo, unos se doman insensiblemente, se educan en colectividad sin acción educadora que les dirija y otros, en cambio, persisten indómitos, con intervalos de luz, pero obedeciendo de ordinario, á algo, que como levadura hereditaria, parece que repele la acción del tiempo y las infiltraciones del progreso.

La causa de estas fútiles divagaciones, será nimia, indigna de registrarse en una crónica pero concededme que reuniendo eslabones, quedará más palpable cuan distintos efectos, produce la agregación, en el espíritu colectivo...

SIRKASSIR.

Valladolid-XX-XI-V.

LIBROS Y FOLLETOS

"A KING OF WASST,,RALPH W. HAGAR.

Sobre los llanos helados del Hudsson, tras-curre solitario el rey de Wasst, arrastrando su vida de hombre libre, en la que aún quedan cenizas y rescoldos de los Cro-Magnon primitivos. Su alma de aristócrata creada en los enormes bosques, en la caza de las zorras azules y de los osos enormes, jamás ha sentido el beso de los aires del Este que llevan dulzuras y placeres. El rey de Wasst vive en los tiempos del salvajismo americano; en la época en que el mar azul no estaba tinto en negro por el carbón de la industria, en la época en que los bosques no tenían aún rota la virginidad para buscar en sus entrañas el oro. El rey de Wasst es fornido como el oso de sus selvas y sanguinario como el lobo de sus llanos nevados. Hagar nos le muestra envuelto en sus pieles de zorra azul, caminando hacia el Oriente en las noches silenciosas de luna para subirse á las montañas altas y bañar á la llegada de la luz del sol sus flechas en ella. Es el rey de las esplanadas solitarias que busca á todas horas en sus campos y en sus mares algo por él soñado: una mujer blanca como su nieve y que él se cree dulce como la caña que allá en la lejanía de los años le envió á sus abuelos el rey de la Atlántida. Vé en todas partes surgir su sueño; tras el "patac,, robusto bajo el cual descansa en las noches luminosas, en el azul del horizonte de su extenso mar, en las cercanías de la opalina luna que amanece tras las ondas.

El rey de Wasst camina hacia el Sur, siempre hacia el Sur, porque cree que allí habita la encarnación de su sueño dorado. Atraviesa los Andes, se asoma al gran charco Pacífico y la blanca mujer soñada no aparece. El rey Wasst regresa á las frías llanuras de su país, llevando siempre clavada en el alma la imagen blanca y al apagarse un día luminoso de sol, su alma se marcha á dar su beso eterno á las estrellas amanecientes.

Tras el rey de Wast se vé á Tabaré, tras Hagar á Zorrilla San Martín.

Todo el libro de Hagar tiene una dulzura noruega, se inunda el alma con su lectura de

una tristeza hecha al sonar de sus frases que tienen la melancolía del norte.

La imagen que el rey de Wasst lleva en su espíritu es la imagen de la blanca que sus abuelos vieron, cuando el eslabón terroso de la Atlántida unía el corpachón robusto de la Europa, con la cinta terrosa americana.

M. DE RUEDA.

Salamanca-7-11-5.

LECTURAS CLÁSICAS

LITERATURA INGLESA

La muchacha romana

El sol arrastra en su caer los tintes
del vestido de fronda de la tierra;
la rubia luna al elevarse vierte
su lluvia de luz pálida y serena;
brilla más y para siempre el fuego
de la Gipsy, la bella.

Hijas del norte, pálidas mujeres
que desdeñais nuestra robusta raza,
cautivas sóis de los salones grises,
y de la farsa.

Purificad vuestras enfermas vidas
en las selvas sagradas
en el sin fin del horizonte ¡hijas!
perded vuestras miradas.
Pero no, preservad vuestras mejillas
de la lluvia y del sol;
para el pelo y los dientes os espera
el mercader astuto del color.

Mirad mi tinte: natural es todo,
ya lo saben las rocas y los bosques;
el aire que acaricia los abetos
nos hincha el pecho y nos trasporta flores.

Las brillantes estrellas son remedo
de nuestros ojos anchos;
de nuestro canto dulce
han copiado los pájaros su canto;
y nuestras voluptuosas danzas libres
son dirigidas por panteras grises.

¿No creéis que leemos en las altas
estrellas de los cielos?

Sí, sí, vuestras fortunas descubrimos
en la cortina azul del firmamento.

RALPH WALDO EMERSON.